



El CCCB muestra el enorme impacto del desaparecido escritor W.G. Sebald

Tejiendo el siglo XX

JUSTO BARRANCO
 Barcelona

La oscuridad no se desvanece sino que se espesa al pensar lo poco que podemos retener, cuántas cosas y cuánto caen continuamente en el olvido al extinguirse cada vida, cómo el mundo, por decirlo así, se vacía a sí mismo”, escribía W.G. Sebald (1944-2001) en su novela *Austerlitz* (Anagrama). El alemán, cuyos personajes se desplazan paseando o en tren a lo largo y ancho de la Europa del siglo XX, falleció paradójicamente hace ahora 14 años en un accidente de coche. Chocó contra un árbol cerca de Norwich, donde era profesor, justo cuando su nombre estaba en todas las quinielas para el Nobel. Pero el mundo no se ha vaciado de Sebald. Al contrario. Y el CCCB le dedica hasta el 26 de julio una muestra particular: no relaciona, como otras del centro, un escritor y una ciudad, sino que *Les variations Sebald* exhibe la enorme influencia que la mirada del creador ha tenido en la literatura y el arte de este siglo XXI.

Revisa el impacto de su literatura llena de fotografías. Y de sus narradores viajeros sumergidos en la pérdida de la memoria histórica de un terrible siglo XX marcado por el Holocausto, su tema central, dice el comisario de la muestra, Jorge Carrión. Un escritor capaz de pasar siempre de la historia personal a la universal que entendía la literatura como una miniatura que aspira a representar lo complejo, lo enorme, mediante un fino tejido que orde-



MANE ESPINOSA

Carlos Amoraes ha llenado el CCCB de seboldianas mariposas negras

na pisadas de otros. Una prosa hipnótica entre la ficción y la realidad, la memoria y la historia, que convertía el más pequeño detalle en una historia del siglo: en *Austerlitz* el protagonista recuerda que la magna estación de Amberes, construida por el rey Leopoldo con el dinero que extraía brutalmente del Congo, estaba inspirada por el Panteón. Una catedral laica consagrada al ingente comercio de la globalización que se vivió antes de la Primera Guerra Mundial y en la que, apunta, en el lugar que en el Panteón está el emperador hay un enorme reloj que lo vigila todo. El

tiempo, nuevo rey del siglo XX.

Una manera de narrar, de mirar, cuyo impacto la exposición despliega sobre todo en las artes plásticas. Hay fascinantes vídeos como el melancólico –como la literatura de Sebald– *Nummer veertien, home*, en el que el artista holandés Guido van der Werf atraviesa Europa desde Polonia, donde está el corazón de Chopin, a Francia, donde está su cuerpo. Y lo hace corriendo por sus carreteras y atravesando a nado sus ríos –es triatleta–, mientras una orquesta interpreta un réquiem compuesto por él. Menos melancólico y más gamberro y político es el vídeo *Resurrección* de Núria Güell: con la ayuda de *hackers* crea cuentas corrientes a nombre de viejos maquis y con ellas compra on line objetos de merchandising de la Fundación Francisco Franco. Luego entierra el merchandising fascista recibido pero nunca pagado como si fuera una de las fosas comunes que aún pueblan España.

En la muestra hay historias construidas con antiguas fotogra-

Se movió entre ficción y realidad, memoria e historia para ofrecer una mirada más compleja del mundo

fías, maquetas de curiosas fortalezas –tema querido por Sebald– e incluso un texto seboldiano de Juliá de Jódar en el que el protagonista –escritor, claro, y con crisis de creatividad– halla una vieja novela del cubano Lino Novás sobre un negrero malagueño real que murió en Sant Gervasi con la momia de su hermana. Como en Sebald, en el relato se despliega una red que a través de la peripecia del negrero y de Novás recorre el siglo XX, desde Ortega y Gasset a Canetti, desde Hiroshima al Holocausto. Para Carrión, Sebald es el autor “que clausura el siglo XX y abre el XXI y nos ayuda a vivir de forma más compleja nuestra propia realidad”.●